

La alta educación de los franciscanos para los indígenas

Francisco Morales*

Los orígenes de un gran colegio

La década de 1530 fue notable en la evangelización de México por muchos hechos, entre los que se puede mencionar la llegada de un buen número de franciscanos educados en las mejores universidades de Europa. Con esos frailes, además de establecerse las casas de estudio para la provincia del Santo Evangelio de México, a los que estaba obligada desde 1536, año en que obtuvo el título de provincia autónoma, se tuvo la oportunidad de abrir el primer centro de estudios superiores en América, con la singularidad de que estaba dedicado a la población indígena (*Cronología...*, 1650: 36).¹ Entre los frailes educados en universidades que llegaron a México se encuentra, en primer lugar, fray Alonso de Herrera, quien, antes de tomar el hábito en la provincia de San Gabriel, había obtenido el doctorado en leyes en la Universidad de Salamanca. Llegó a México en 1527 y fue el primer franciscano “letrado” que se incorporó a la misión de Nueva España, misión que, según las crónicas, le resultó muy difícil los primeros años, tanto que se vio tentado a regresar a España. Permaneció en México durante toda su vida. Al fundarse el Colegio de Tlatelolco en 1536, él fue uno de los que predicaron en esa ceremonia (Mendieta, 1973: libro IV, cap. 15). Fue muy hábil en la lengua náhuatl, en la que compuso sermones para todos los domingos y fiestas del año (*ibidem*: libro V, CAP. 32).

Cerca de esa misma fecha llegó fray Juan Focher de la provincia de Aquitania. “Vino a esta tierra algunos años después de que fue descubierta de nuestra nación española”, dice Jerónimo de Mendieta (1973, libro V, cap. 46).² Antes de tomar el hábito en Aquitania había obtenido el doctorado en leyes en la Universidad de París. Después de tomar el hábito regresó al *studium generale* de París, donde estudió teología y sacros cánones “y en todas tres facultades fue consumadísimo letrado” (*idem*). Fue maestro, primero, en el convento de San Francisco de México, después, en el de Santa Cruz de Tlatelolco. Dice Mendieta: “Cuando vino a esta tierra aprendió la lengua mexicana en muy pocos días y compuso un arte de ella y la ejercitó confesando y predicando, aunque su principal ocupación fue en el estudio de las letras y ciencias que había en su juventud aprendido” (*idem*).³ Añade el cronista: “Fue religioso observantísimo de su regla y muy pobre, que con ser profundamente letrado y ocupado en el continuo estudio de todas las facultades, no tenía otro libro de su uso sino el derecho canónico, y éste por tenerlo rubricado de su mano. Todos los de-

* OFM.

¹ Este mandado se encuentra desde fines del siglo XIII (*Cronología...*, 1650: 36).

² Según los datos de José Castro Seoane (1957: 141), el padre Focher pasó a México entre 1538 y 1539.

³ Todos los subrayados son míos.

más que había menester los buscaba en la librería del convento donde moraba” (*idem*). Esta interesante nota nos habla de las bibliotecas que ya para entonces existían en los conventos.

Otro maestro del Colegio de Tlatelolco fue fray Juan de Gaona. Este religioso era natural de Burgos, donde tomó el hábito quizá en la década de 1520. Cursó “artes y teología” en el *studium* de la provincia de Burgos. De ahí pasó al *studium generale* de París para perfeccionar sus estudios teológicos en la universidad de esa ciudad, “que a la sazón [comenta el cronista Mendieta] florecía mucho más que agora en letras” (*ibidem*: libro v, cap. 49). Allí tuvo como maestro en teología escolástica al franciscano fray Pedro de Cornibus. Salió de sus estudios “excelente latino y retórico y razonable griego”, continúa Mendieta (*idem*). En 1538 se encontraba en el convento de Valladolid como lector del *studium* de la provincia de La Concepción. “Acudían a oír las lecciones y ver los ejercicios que los religiosos tenían en sus estudios” muchas personas cortesanas de la ciudad. Por petición de la emperatriz, doña Isabel, pasó a Nueva España en el año de 1538.

Se puso a leer gramática a los frailes y también a los indios en el colegio de Tlatelolco y de ellos sacó retóricos y artistas que fueron para leer a religiosos mancebos, por falta que entonces había de frailes lectores. Y siendo guardián, él era el primero que tomaba la escoba para barrer, y para hacer los demás oficios de humildad, como se vio en Xuchimilco, que siendo allí guardián y lector y labrándose cierto edificio, salía fuera del convento por tierra con una espuerta, y le seguían sus discípulos y los principales del pueblo (*idem*).⁴

El primer maestro de gramática que tuvieron los estudiantes de Santa Cruz de Tlatelolco fue fray Arnaldo de Bassac, gran latinista, a quien se le destinó primeramente como residencia el convento de San Francisco para enseñar latín a los estudiantes indígenas que tenía fray Pedro de Gante en su escuela. Según nos narra fray Jerónimo de Mendieta, esta escuela estuvo en la capilla de San José de los naturales, escuela que para 1532 atendía a cerca de 600 estudiantes.⁵ Este *studium gramaticalium*, entre 1535 y 1536 se trasladó a Tlatelolco, donde siguió enseñando fray Arnaldo (*ibidem*: libro iv, cap. 15; Gómez, 1982: 132-137).

⁴ Su traslado a México, a petición de la emperatriz, lo documenta Castro (1957: 136-137).

⁵ El tema de esta escuela lo estudia documentalmente Gómez (1982: 55-92).

Procedente de la provincia de Burgos, fray Andrés de Castro, natural de la misma ciudad, llegó a México en la segunda mitad del siglo xvi. Estudió artes y teología en el *studium* del convento de San Francisco de Burgos.

Queriendo después aprovechar más en las divinas letras fue con licencia de su prelado a Salamanca y ahí por espacio de cuatro años o cinco se dio al estudio de la sagrada escritura, oyendo segunda vez los cuatro libros de sentencias del doctísimo maestro fray Andrés Vega, aprovechándose de la doctrina de los famosos predicadores fray Francisco del Castillo y fray Alonso Castro, todos de la orden de los menores (Mendieta, 1973: libro v, cap. 53).⁶

En 1542, a la edad aproximada de 30 años, pasó a México con una grande misión que organizó fray Jacobo de Testera. Estuvo principalmente dedicado a la actividad pastoral en el convento de Toluca. Escribió arte y vocabulario de la lengua matlalcinga, y en la misma lengua doctrinas y sermones.

En la segunda mitad del siglo xvi siguieron llegando más franciscanos altamente cualificados. Estaba, por ejemplo, entre otros, fray Miguel de Gornales. Era natural de Mallorca, de donde muy joven pasó a México, en 1555. “En llegando a esta tierra [escribe Mendieta] leyó un curso de artes y teología con tanta autoridad y destreza, gracia y aprobación de los oyentes y de los demás doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados del mundo” (*ibidem*: libro v, cap. 56). Usaba como texto –añade la crónica de Mendieta– el de “Orbillo”, muy probablemente el *Compendium super Sentencias* del franciscano Nicolás de Orbellis, maestro regente de Teología en París (Heijden y Roest). Tratándose de un texto breve, continúa Mendieta, fray Miguel “componía juntamente unos comentarios que cada día daba a sus discípulos, los cuales comentarios o escolias, por estar llenos de mucha erudición y ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha sustancia” (Mendieta, 1973: libro v, cap. 56).

Otro maestro de singular importancia fue fray Juan de Salmerón, natural de Toledo, que pasó a Nueva España a mediados del siglo xvi. Nos dicen las crónicas que sacó “mu-

⁶ La actividad académica tanto de fray Andrés Vega como de fray Alfonso –que no Alonso– Castro está documentada en la participación de ambos en el Concilio de Trento y varias obras, entre otras: *Opusculum Quindecim Quaestionum de Iustificatione, de Gratia, de Fide, Operibus et Meritis*, autore F. Andrea Vega ordinis minorum regularis observantiae, ex alma provincia sancti Iacobi, Sacrae theologiae magistro Salmaticensi (1546-1547), y de Alfonso Castro, *Adversus Omnes Haereses* (Heijden y Roest).

chos y muy doctos discípulos que después de él han leído muchos cursos, así de artes como de teología, así en esta provincia como en otras de esta Nueva España” (Torquemada, 1983: libro xx, cap. 79). Frailes que de igual forma llegaron con grados académicos durante esos años fueron fray Jacobo de Tastera, de nación francés, nos dice Mendieta (1973, libro v, cap. 42): “Muy enseñado en las divinas letras.” Como se sabe, es recordado por sus métodos evangelizadores mediante el uso de lienzos que han quedado entre los historiadores como “catecismos testerianos”. Vino también por esta época fray Antonio Huete, doctor en leyes por la Universidad de Salamanca. Había sido monje jerónimo antes de tomar el hábito franciscano en la provincia de Los Ángeles, de donde pasó a Nueva España en 1542 (*ibidem*: libro v, cap. 46). Finalmente, fuentes contemporáneas nos mencionan a fray Juan de Escalante, “theologo parisiense” y guardián de muchas casas (Berthe, 1994: 73).

Me parece que no es fácil encontrar en otras provincias franciscanas de la época un cuerpo de profesores tan cualificado como se dio en la del Santo Evangelio. Estos frailes fueron los que dieron solidez al programa de estudios de Santa Cruz de Tlatelolco, que no sólo incluía la gramática, sino las artes y teología. De este colegio, comparable con los *scriptoria* de los monasterios medievales, como lo llama el doctor Miguel León-Portilla, salió el *Corpus* doctrinal mexicano del siglo xvi, sin el cual no se comprende la evangelización de nuestros pueblos. Escribe fray Bernardino de Sahagún hacia la década de 1580:

Ha más ya de cuarenta años que este Colegio persevera y los colegiales de él en ninguna cosa han delinquido, ni contra Dios ni contra la iglesia ni contra el rey, ni contra su república, más antes han ayudado y ayudan en muchas cosas a la implantación y sustentación de nuestra fe católica, porque si sermones y apostillas y doctrinas se han hecho en la lengua indiana, que puedan parecer y sean limpios de toda herejía, son precisamente los que con ellos se han compuesto y ellos, por ser entendidos en la lengua latina, nos dan a entender las propiedades de los vocablos, y las propiedades de su manera de hablar y las incongruidades que hablamos en los sermones o las que decimos en las doctrinas; ellos nos las enmiendan, [y] cualquiera cosa en que haya de convertir en su lengua, si no van con ellos examinada, no puede ir sin defecto, sin escribir congruamente en la lengua latina, ni de romance, ni en su lengua; para lo que toca a ortografía y buena letra no hay quien lo escriba sino los que aquí se crían.

Como ejemplo de los textos clásicos del cristianismo que salieron de los alumnos de Tlatelolco se pueden mencionar las traducciones al náhuatl de la *Imitación de Cristo*, del *Flos Sanctorum*, de *De la vanidad del mundo* del famoso místico franciscano fray Diego de Stela y, sobre todo, los clásicos de la literatura universal cristiana, el *Nican Mopohua* escrito por un estudiante de Tlatelolco, y el *Diálogo de los doce primeros franciscanos*, ambas piezas fundamentales en la transmisión del Evangelio a las culturas mexicanas. Véase, como ejemplo, esta forma de traducir al náhuatl el misterio de la Encarnación: Nnos dice el *Diálogo de los doce...*, “*oquimocuillo in tomacehualnacayo*”: ‘tomó para sí nuestra carne de macehuales’.

Un nuevo proyecto para la alta educación de los indígenas

Hacia principios del siglo xvii, aunque los indígenas graduados en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco ocupaban lugares importantes en la vida cultural y social de México, el programa original de estudios se encontraba casi totalmente abandonado y en el colegio sólo se daba educación elemental. La falta de rentas con las que se mantenían los colegiales y los desastres naturales –inundaciones, nos dice fray Agustín de Vetancour– dejaron en la ruina a este colegio. Para fines del siglo xvii quedaban dos salas que seguían manteniendo la enseñanza de primeras letras a la población indígena de Tlatelolco.

En lugar de este colegio, en 1661 se edificó un claustro y aulas nuevas para un *studium generale* de la provincia con cátedras de teología escolástica y moral. Así tomó el nombre de Colegio de San Buenaventura y San Juan Capistrano.

Todavía en el siglo xviii se hicieron esfuerzos para restituir el proyecto original del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, al conseguir becas para un grupo de indios nobles que daría vida al antiguo colegio. En 1728 se encargó a fray Juan de Dios Rivera elaborar un plano arquitectónico para construir un nuevo edificio para el colegio. Se escribieron nuevos estatutos, pero, al no encontrar fondos para las becas ni para la construcción, el proyecto no prosperó.

Hacia fines del periodo virreinal, y ya en plena guerra de Independencia, entre 1808 y 1813, un franciscano de la provincia descalza de San Diego de México, fray Mariano López y Pimentel, presentó al gobierno español un plan para la alta educación de los indígenas y prepararlos no sólo para las misiones en México sino, en una visión más universalista, para las de China y Japón. El proyecto no sólo in-

cluía innumerables detalles de mantenimiento y operación, sino incluso de construcción. La documentación, dispersa en varios manuscritos e impresos, ofrece singular información sobre la permanencia de los proyectos evangelizadores de Santa Cruz de Tlatelolco aun en tiempos de cambio y revolución.⁷

El “colegio” que fray Mariano proponía crear, aunque relacionado con las instituciones misioneras de la época, muy en particular con los colegios de Propaganda Fide, mostraba singulares originalidades. La más notable de todas era que los misioneros debían ser los propios nativos de la tierra de misión. Ellos formarían lo que él llamó “una clerecía de misioneros nacionales que les prediquen [a sus compatriotas] en su lengua, para que así los entiendan, se conviertan y salven” (BNM: f. 9). Al rebasar el concepto tradicional de misión, el colegio sería un centro para aprender no sólo los fundamentos de la religión católica, sino también las ciencias, “artes y oficios que puedan necesitar para civilizar, catequizar y convertir a los fieles de Asia y América” (*ibidem*: ff. 5 y 9v). Se trataba, por lo mismo, de formar no sólo un clero indígena, compuesto de “grandes doctores, maestros y misioneros”, sino también un cuerpo de “artesanos, fabricantes y maestros” para enseñar “los oficios, artes y ciencia que necesitan para vivir una vida civil, política y cristiana”, interesante combinación de ideales de la Ilustración con los anhelos misioneros de los frailes (*idem*).

Tan audaces e innovadores como el objetivo eran los medios de llevar a cabo este proyecto. El colegio debía estar acondicionado para educar a 300 o 400 niños de Asia y América. En los planos del edificio, en los que intervino, al parecer, el famoso arquitecto Manuel Tolsá, se incluían dos grandes secciones: una para los que fray Mariano llama de chinos, donde se instalarían los “japoneses, tongumos, mongoles, manilos, chinos, tiberinos, coreanos, tártaros, cochinchinos y sutenchenes”, y otra para la de los indios, en la que habitarían los “texas, tarascos, otomís, gilas, californias, quichitas, tanguayas, portagones, pampas, mexicanos y tancaguez, comanches, lipanes y apaches”.⁸ Cada grupo lingüístico contaría con su propio maestro de lenguas, un nativo de la nación de procedencia, que se encargaría de que los niños, al aprender el castellano, no olvidaran su propio idioma. De China se deberían traer más

maestros, no sólo “por razón de las lenguas [sino también] para que enseñen a los nacionales y europeos aquellas artes que son propias de los chinos y que no saben los maestros [europeos]” (AGI, “Prólogo...”: ff. 10r y 10v). Además de los maestros de lenguas, el colegio contaría con los de artes mecánicas y liberales encargados de enseñar “las ciencias y artes necesarias para la vida civil y cristiana”, y con “catedráticos para las ciencias mayores”. En total, el colegio tendría unos 40 maestros (BNM: f. 7v).

Un proyecto de esta naturaleza necesitaba amplios espacios. En sus demandas al gobierno español fray Mariano pidió que se le concediera un terreno con un mínimo de 400 a 500 “varas en cuadro”,⁹ ya que se debían construir departamentos y patios separados para “cada nación”, de manera que “no se perviertan los unos con los otros ni se confundan en sus idiomas”. Debería, además, haber otros patios específicamente señalados para las artes mecánicas y liberales, para las escuelas de leer, escribir y contar, y para la gramática y ciencias mayores, sin contar con el patio de los misioneros –maestros y catedráticos– que debían tener su propio claustro (AGI, “Prólogo...”: f. 8v). El colegio, asimismo, debería incluir “una grande capilla interior para unas 2 000 personas” (BNM: f. 7v). ¡Estaríamos hablando de lo que ahora se conoce como una ciudad universitaria!

Ante tan magno e insólito proyecto, cabe la pregunta: ¿de dónde provinieron las ideas que inspiraron a fray Mariano Pimentel para concebirlo? Dentro de la amplia argumentación que él presenta, podemos notar, ante todo, una fuerte crítica al sistema misionero vigente. Denuncia, en especial, como en general lo hacen casi todos los escritores de la época, el sistema de conquista, ya que, si en tiempos pasados tuvo resultados, señala el documento, “fue porque Dios y la Santísima Virgen hicieron la guerra, haciendo millares de prodigios y maravillas” (*ibidem*: f. 22).¹⁰ Por otra parte, el sistema misión-presidio, predominante en ese momento, es considerado inoperante debido al desconocimiento de los misioneros de las lenguas indígenas, que da por resultado que los indios bautizados sólo sepan la doctrina como “los pericos, loros y papagayos, sin saber su contenido ni espíritu”. Tal sistema, además, adolece de la falta de preparación para el vivir civil y político de sus principales agentes, misioneros y soldados, que “ni entienden de artes ni de los oficios

⁷ Este colegio ha sido estudiado, entre otros autores, por Marcela Corvera (2001: 38-44). La documentación sobre este proyecto se encuentra en diversos archivos de España. Aquí he utilizado dos: el manuscrito 3652 de la Biblioteca Nacional de Madrid (BNM) y el expediente 2736 del Archivo General de Indias (AGI), con varias secciones que se citan aquí.

⁸ Los planos se encuentran en la sección de Mapas y Planos del AGI, México, 498 y 499.

⁹ Entre 330 y 400 metros cuadrados aproximadamente. Una vara equivalía a 815.9 milímetros.

¹⁰ No está por demás señalar que los cronistas del siglo XVI sostienen que la conversión se hizo sin maravillas ni milagros.

que son necesarios para la formación de unas casas con sus artes de tejidos, albañilería, carpintería, y herrería". Por esta razón, añade fray Mariano, se hallan multitud de "pueblos de indios que no tienen más que el nombre de pueblos, sin artes, ni oficios, ni casas formales, pues todas son unas malas chozas o jacales sin civilización ni policía y casi sin religión". Finalmente se alega "la escasez y decadencia que ya experimentamos en el estado eclesiástico tanto de falta de ministros como de estudiantes, en los colegios y seminarios [...] porque ya la juventud poco se inclina al estudio de las letras, ni a la virtud y religión" (*ibidem*: ff. 23-24).

Ante esta situación de deterioro del sistema misionero tradicional, resultaba obvio para fray Mariano que urgía buscar uno nuevo, en el que los propios nativos fueran los principales actores. Nuestro fraile era consciente de que "algunos españoles pensaron que los indios eran peores que los brutos y que eran irracionales", idea que, admite el franciscano, desacreditó a España y "yo dijera de tales sujetos [los españoles que sostuvieron eso] que eran más brutos e irracionales que los indios" (AGI, "Prólogo...", f. 14; Gómez, 1967: 29-51). Alega su experiencia para sostener que en ninguno de los innumerables pueblos donde había misionado había "hallado [a un indio] irracional, antes por el contrario mucha malicia y viveza y comprensión", tanta que escuchando sus confesiones había "observado que a pesar de ser rústicos y de muy mala vida, un teólogo no se explicara mejor y con tanta claridad" (AGI, "Prólogo...", f. 15).

Además de estas consideraciones basadas en la experiencia personal de fray Mariano, es obvio que su proyecto se apoyaba en varias ideas de la época de viajeros de principios del siglo XIX que pasaron por México y expresaron su interés por las misiones de Asia. Uno de ellos fue Claudio Francisco Letondal, miembro de la Congregación de San Vicente de Paul y procurador de las misiones en China, que estuvo en México entre 1803 y 1805 recogiendo limosnas para esas misiones. Durante su estancia publicó dos opúsculos, *Tribulaciones de los fieles en la parte oriental en Asia* (México, Zúñiga y Ontiveros, 1803) y *Relación de las tribulaciones de los fieles y las necesidades del sagrado ministerio para conservar la semilla de la fe y propagarla en las partes orientales de la Asia, dedicada a la gloriosísima patrona universal la América septentrional, la Santísima Virgen de Guadalupe, nuestra señora* (México, Zúñiga y Ontiveros, 1804). Fray Mariano hace referencia a esta última obra al referirse al martirio en Corea de Pedro Ly, y a los colegios para chinos en Francia, Nápoles y Roma citados por Letondal por medio de una carta de fray José Muñoz, misionero en China

y ex rector de la Universidad de Manila, fechada el 21 de mayo de 1804 (AGI, "Manifiesto...").

Influencia igual de importante la tuvieron las corrientes de pensamiento ilustrado de la época, según se ve en la lista de libros que fray Mariano recomienda para la formación de los colegiales. Esa parte del proyecto merece en sí misma un estudio, pues representa el saber del misionero de principios del siglo XIX, en el que se combinan las corrientes teológicas y espirituales tradicionales con las inquietudes ilustradas y apologéticas de la Iglesia ante el mundo moderno. Así, en catequética, junto a los textos tradicionales de Jerónimo de Ripalda (*Catecismo de la Doctrina Cristiana*) nos encontramos con el *Catecismo histórico* de Claudio Fleury, muy apreciado por los hombres de la Ilustración, así como con las *Instrucciones generales en forma de catecismo en las cuales se explican en compendio los dogmas de la religión*, de Francisco Amado Pouget, y la *Luz de verdades católicas y explicación de la doctrina christiana*, de Juan Martínez de la Parra (AGI, "Reglamento...": ff. 42-62; Góngora, 1957: 96-152).

El proyecto y sus adversarios

Este proyecto se presentaba en el momento menos oportuno del imperio español. En 1808, las tropas napoleónicas entraron en España y llevaron prisionero a Fernando VII. Dos años después México iniciaba su independencia. Resulta, así, que los primeros adversarios de este proyecto fueron los tiempos en que nació.

Pero existían opositores de otra naturaleza. Poco sabemos de la vida de fray Mariano López Pimental. Por propia confesión se sabe que era natural de San Lucar de Barrameda, en Andalucía. No he tenido oportunidad de encontrar información sobre su llegada a México, bien sea como misionero para algún Colegio de Propaganda Fide, quizá para el de Pachuca, o como seglar, que después habría tomado el hábito en la provincia de San Diego.¹¹ En algunas partes de sus largos alegatos a favor de su proyecto decía que llevaba ya 20 años trabajando en misiones. Esto nos llevaría hacia fines de la década de 1780 como probable año de su ordenación sacerdotal. Por desgracia, una de las pocas referencias personales que sobre él tenemos proviene de un obispo inmoderado y tempestuoso, Antonio Bergosa y Jordán (cfr. Cuevas, 1947: 101-102). Respondiendo al ministro del Departamento de Ultramar, don José de Limonta, que le pregunta su parecer sobre el proyecto de fray Mariano, describía así a nuestro fraile:

¹¹ El Colegio de Propaganda Fide de Pachuca se fundó con frailes de la provincia de San Diego (cfr. Gómez, 1972: 409-452).

Punto menos que demente por lo propenso que siempre se ha manifestado a proyectos extraordinarios y grandiosos que le han ocupado días y noches maquinando y escribiendo y le han causado frecuentes desvelos nocturnos que pueden haber debilitado su mente, agregándose a esto un celo extraordinario por el servicio de Dios y salvación de las almas que le constituyen en grado de verdadero escrupuloso, sin la prudencia necesaria para lo mucho que emprende en su continuo ejercicio de confesor y predicador (AGI, "Carta...").

Una nota final de esta carta del obispo Bergosa nos indica lo que sería la suerte definitiva del proyecto: "Mi concepto es que [...] no conviene fomentar los idiomas muertos ni menos los bárbaros y desconocidos de estas provincias [...]"

Estos comentarios son reveladores. La alta educación para los indígenas nació en el siglo XVI, época a la que sus críticos le han atribuido la destrucción del mundo indígena. La alta educación para los indígenas, aun viva entre los franciscanos del siglo XIX, muere en ese siglo, al que se le ha atribuido la liberación de los indígenas. Este breve exposición de los esfuerzos de los franciscanos por la alta educación de los indígenas nos ayuda a aclarar algunos de tantos mitos de nuestra historia. El siglo XVI, gracias al esfuerzo de un buen número de humanistas franciscanos, no sólo rescató la cultura indígena, sino que logró crear un cuerpo doctrinal nahua único en la historia de las misiones. El siglo XIX, forjador de nuestro liberalismo, no sólo desconoció ese mundo, sino que se negó a mantener un idioma que consideraba muerto. La lección es clara. Me parece que tendríamos que cambiar no sólo imágenes, sino actitudes sobre el mundo indígena. Creo que nos toca a nosotros evitar los errores del siglo XIX y practicar los ideales del XVI.

Bibliografía

- Archivo General de Indias, "Carta del arzobispo electo de México, Antonio Bergosa y Jordán, a don José de Limonta, 11 de diciembre de 1813", México, exp. 2736.
- _____, "Manifiesto de la necesidad de un nuevo colegio", México, exp. 2736.
- _____, "Prólogo e introducción fundamental para instrucción de esta obra de Dios", México, exp. 2736.
- _____, "Reglamento de enseñanza civil, política y cristiana", México, exp. 2736.
- Berthe, Jean-Pierre, "Los franciscanos de la Provincia mexicana del Santo Evangelio en 1570: un catálogo de fray Jerónimo de Mendieta", en J.-P. Berthe (ed.), *Estudios de historia de la*

Nueva España. De Sevilla a Manila, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1994.

- Biblioteca Nacional de Madrid, "Colegio para la conversión de infieles de Asia y Americanos por medio de los mismos gentiles. Proyecto del Padre López Pimentel, dieguino de México", manuscrito 3652.
- Castro, Alfonso, *Adversus Omnes Haereses*, París, 1534 y 1540 [Colonias, ca. 1540/París, 1545/París, 1556/París, 1565/Amberes, 1568/París, 1571/París, 1578/Madrid, 1773].
- Castro Seoane, José, "Aviamento y catálogo de los misioneros que en el siglo XVI pasaron de España a Indias y Filipinas según los libros de Contratación", en *Misionalia Hispánica*, núm. XIV, 1957.
- Corvera Poiré, Marcela, "Soñando con evangelizar. El colegio de infieles proyectado por fray Mariano López Pimentel (1808-1813)", en *Nuestra Historia*, núm. 47, abril de 2001, pp. 38-44.
- Cronología histórico legalis*, Nápoles, Camilla Cavalli, 1650.
- Cuevas, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, México, Patria, 1947.
- Gómez Canedo, Lino, *La educación de los marginados durante la época colonial. Escuelas y colegios para indios y mestizos en la Nueva España*, México, Porrúa, 1982.
- _____, "¿Hombres o bestias? Nuevo examen crítico de un viejo tópico", en *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 1, 1967, pp. 29-51.
- _____, "Misiones del Colegio de Pachuca en el obispado del Nuevo Reino de León", en *Humanitas*, vol. XIII, 1972, pp. 409-452.
- Góngora, Mario, "Estudios sobre el galicanismo y la 'Ilustración católica' en América española", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, núm. 125, 1957, pp. 96-152.
- Heijden, Maarten van der y Bert Roest, "Franciscan Authors, 13-18th Century. A Catalogue in Progress", página web.
- Mendieta, Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, Madrid, BAE, 1973.
- Torquemada, Juan de, *Monarquía indiana*, México, IIH-UNAM, 1983.
- Vega, Andrés, *Opusculum Quindecim Quaestionum de Iustificacione, de Gratia, de Fide, Operibus et Meritis, autore F. Andrea Vega ordinis minorum regularis observantiae, ex alma provincia sancti Iacobi, Sacrae theologiae magistro Salmaticensi*, Venecia, 1546-1547.

